

LA HISTORIA NO ES EL PASADO, HACER HISTORIA ES PODER RECORDAR EL PRESENTE (ES OTRA HISTORIA DE AMOR)

Helí Morales Ascencio

Quisiera, fundamentalmente, centrarme en la relación entre el psicoanálisis y la Universidad, un tema polémico ante el cual hay dos grandes posiciones: la primera dice que los psicoanalistas no deben formarse, de ninguna manera, en el campo de la universidad; la segunda cree que los psicoanalistas tendrían que hacer Universidades para formarse. Esto es un debate. A mí me parece que la relación entre el psicoanálisis y la Universidad, o es conflictiva o no será, pero en el conflicto está lo fértil y lo rico de la vinculación entre ambos.

¿Por qué hay quien cree que el psicoanálisis no tiene que ver con la Universidad? Por razones históricas. En Francia, gente de L'École Lacanienne de Psychanalyse —específicamente Jean Allouch, Erik Porge, Philippe Julien, pero especialmente los primeros— no participa de la propuesta del psicoanálisis y la Universidad, pero son médicos. Sin embargo, tampoco Moustapha Safouan —y muchos otros que eran filósofos— va con esta propuesta porque la dimensión universitaria francesa tiene características especiales. Por otra parte, en Argentina, los psicoanalistas impartían clases en la Universidad hasta que entra la Dictadura y son perseguidos; por lo tanto, no hay más posibilidad de dictar cátedras de psicoanálisis en la Universidad porque es marxista, porque es comunista, y porque muchos de los psicoanalistas que daban clases en ella, o son asesinados o tienen que emigrar. La formación, entonces, se hacía clandestina: grupos de estudio, dos maestros —no podían ser más de cuatro porque era un grupo subversivo—; es decir, se da lo que podemos llamar una formación en la clandestinidad. Es el exilio en los años 70's, precisamente cuando muchos de estos psicoanalistas llegan a México, donde pasan por otras circunstancias. Es decir, la relación del psicoanálisis con la Universidad tiene otra historia que, desde mi perspectiva, está por hacerse, y hay aquí quien ya la está haciendo.

Pero me parece que la posición de Freud y Lacan no es sin importancia. Freud planteaba que se tendría que enseñar psicoanálisis en la Universidad, y proponía cosas extrañas: quien quiera estudiar psicoanálisis en la Universidad tiene que estudiar literatura, historia de la cultura, antropología, historia del arte; eso es lo que proponía Freud para que pudiera uno llegar a estudiar psicoanálisis.¹ Lacan sueña con la Facultad ideal de Psicoanálisis —así le llama— y dice que hay que estudiar matemáticas, historia, lingüística, lógica, literatura e historia de las lenguas. Es decir, tanto Freud como Lacan hacen una propuesta que tiene que ver con el estudio del psicoanálisis en la Universidad, pero no sin peros. Cuando Lacan dice “la Facultad ideal”, significa: “nunca existirá”; cuando Freud propone, en cambio, lo que se tiene que estudiar del psicoanálisis en la Universidad, lo plantea dentro de la Facultad de Medicina: “para que los médicos sean psicoanalistas, tendrían también que estudiar esto”. Así, estamos ante algo que hace obstáculo, que genera dificultad. Desde mi perspectiva, hay un *real* del psicoanálisis que la Universidad no puede tramitar, y es precisamente este *real* lo que hace vigente, vivo e interesante el debate de la relación del psicoanálisis con la Universidad.

¹ Cf. Sigmund Freud, *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* (1919 [1918]), Obras Completas, Tomo XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1992, p. 171.

En la actualidad, fundamentalmente en las Facultades de Psicología, se tiende a dejar al psicoanálisis fuera del plan de estudios. Por ejemplo, en la Facultad de Psicología de la UNAM —la Universidad más importante en lengua hispana, incluida España; la que más premios Nobel ha tenido de la lengua castellana—, hoy en día, el psicoanálisis queda relegado. Evidentemente, en la UNAM, uno lo entiende, porque su lema es: “Por mi rata hablará el estímulo...”; perdón: “Por mi raza hablará el espíritu”. De todos modos, en la Facultad de Psicología de la UNAM siempre han habido hombres y mujeres que han insistido en que el psicoanálisis tenga un lugar pero, aceptémoslo, es marginal. En la UAM Xochimilco, la situación es cada vez más parecida, y tal vez la posibilidad que hoy en día habría que analizar, sobre la relación del psicoanálisis con la Universidad, es que el psicoanálisis, o es un malestar en la cultura o no lo es.

Tal vez el hecho de que el psicoanálisis no sea bien aceptado en las Universidades sea un buen signo, porque tiene que ver con que el psicoanálisis genera un malestar y la Universidad quiere olvidar que el malestar es parte de la formación de los estudiantes. En ese sentido, me parece que es importante saber que el psicoanálisis nunca va a ocupar un lugar estelar en la cultura; pero, que no sea un lugar estelar no implica que no sea un lugar importante, porque me parece que las cosas disidentes, el desorden, ahí donde se rompe el ojal, donde se deshilacha el sistema social, es donde se producen verdades que sostienen al sistema, pero que también se oponen todo el tiempo a que sea historia. Sin disidencias, sin rebeldes, sin rupturas, sin marginados, sin excluidos, la historia no sería.

Evidentemente, la historia oficial dice que eso no existe, porque la historia oficial está hecha para ser oficial, pero yo quiero proponerles esto: hablar de la formación del psicoanalista y decir en qué lugar estaría su importancia en la Universidad. Yo les propongo una trenza de formación, es decir, una propuesta topológica de formación de un psicoanalista, y les propongo tres lazos que tendrían que hacer un nudo borromeo: al primero le llamaría el AP; al segundo la PC y al tercero, que es el más pesado, el LSD. ¿Qué sería lo primero que tendría que hacer cualquiera que se quiera formar como psicoanalista? El AP, que es el Análisis Personal. Nadie que quiera ser psicoanalista puede serlo si no hace un análisis personal, porque lo que se pone en juego en este oficio es la propia locura, y si uno a la locura no la cura, la locura acaba llevándose entre los pies la propia praxis. El análisis personal es condición necesaria, pero no suficiente, porque no por tener diez años de psicoanálisis devengo psicoanalista. De algún modo, como cualquier otra práctica, para que uno sea psicoanalista, tiene que tener práctica clínica: ese es el PC. Nadie puede ser cineasta si no ha hecho una película.

El psicoanálisis es complicado porque uno comienza una práctica psicoanalítica sin sentirse nunca psicoanalista; uno pasa mucho tiempo de aprendiz de psicoanalista, pero uno no puede devenir algún día psicoanalista si no es aprendiz muchos años. Para ser psicoanalista, se necesita ser muy paciente —en los dos sentidos: pasar por el diván para hablar de la propia locura, de los fantasmas que nos atormentan, de la tristeza de nuestra infancia, de lo humillados que hemos sido, de las vejaciones que como mujeres hemos sentido, para que uno no se la pase cobrándole al otro lo que le toca a uno pagar—, pero también tiene que tener práctica clínica. A lo mejor, un día, ustedes tendrán una tarde de trabajo clínico y, al final, cerrarán en la noche la puerta de su consultorio y llorarán, porque uno se carga de cosas que sólo puede hacer después de que cierra la puerta. Rara vez uno llora en un análisis cuando es analista, pero muchas veces lo hace cuando se van los analizantes, porque, como Baudelaire dijo: “Los héroes modernos trabajan a veces a solas”.² Pero no basta con haberse analizado, pues una práctica clínica incluye: escucha de pacientes y supervisión, porque uno no tiene por qué estar tan solo, ni tan sola, en el trabajo clínico: uno convoca a otro que le acompañe en esa apuesta loca que es devenir analista.

² La cita de Baudelaire es la siguiente: “[...] hay personas que no pueden divertirse más que en tropel, el verdadero héroe se divierte absolutamente solo”. *Cfr.* Charles Baudelaire, *Pequeños poemas en prosa*, M.E. Editores, Madrid, 1997, p. 113. [N. del E.].

Entonces, la PC es la práctica clínica, esa escucha de pacientes y supervisión, pero uno no puede pasar del análisis personal a la práctica clínica sin el otro lazo de esta trenza que les propongo, que es el LSD. Cuando yo digo LSD me refiero al Lazo Social Determinado, porque, para que yo pueda atreverme a recibir pacientes, tengo que hablarlo en mi análisis, pero también tengo que estudiar muchísimo. No por haber estado en análisis voy a tener pacientes, y no puedo tener pacientes si no estudio lo que tiene que ver con el saber psicoanalítico. El estudio del saber psicoanalítico hace lazo social, y es allí donde yo creo que la Universidad tiene un lugar. La Universidad forma parte de este lazo social que permite que estudiemos los textos, que problematicemos a los autores, que discutamos los conceptos. La Universidad es uno de los lazos sociales fundamentales para el psicoanalista, aunque puede no ser la Universidad, puede ser una Escuela analítica, que ese sea tu lazo social determinado y que te formes directamente en la Escuela. Pero, hasta ahora, ninguno que haga psicoanálisis no ha pasado por la Universidad.

Hay algo en la Universidad que nos produce una relación con el psicoanálisis, que nos permite hacer lazo en relación a ese saber. Por lo tanto, yo creo que nadie puede devenir psicoanalista si no hace lazos sociales determinados. Allí, la Universidad tiene un lugar, porque en la Universidad uno hace un lazo con esa otredad que el psicoanálisis presenta como saber.

El psicoanálisis es un saber desesperado sobre el amor y la muerte, donde uno puede hacer lazo con eso, donde uno puede estudiar sobre eso, y tiene que ver con la Universidad. No basta con haber leído muchos textos, haber discutido muchas veces y haber tenido muchos grupos de estudio: uno no puede devenir analista con sólo eso. Insisto, se trata de una trenza, de un nudo borromeo que tiene que ver con el análisis personal (AP), con la práctica clínica (PC) y con el lazo social determinado (LSD). En ese lazo social determinado también entran las Asociaciones y las Escuelas. Yo puedo participar de estudios en la Universidad, también puedo dar clases en ella y, al mismo tiempo, pertenecer a una Asociación de psicoanalistas. No veo en dónde esté lo excluyente. Si yo formo parte de una Asociación psicoanalítica, bien puedo formar parte de un lazo social dentro de una Universidad, en un cuerpo colegiado, en una academia o en una materia, lo que me genera un lazo interesantísimo en relación con la transmisión. En ese sentido, yo no veo una oposición entre Asociación psicoanalítica y Universidad, y creo que hay una necesidad de discutir estas tres implicaciones en el nudo que aquí les presento.

Ante este nudo hay dos caminos. El primero es la vía institucional: yo decido hacerme psicoanalista y para eso me meto a la APM (Asociación Psicoanalítica Mexicana). Eso me implica una Maestría de dos años, tres veces por semana psicoanálisis con alguno de los psicoanalistas que allí sólo se reconocen y dos supervisiones después de dos años de formación. Esto dura cinco años. Después, me dan mi Título de Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica. Esta es una vía institucional. ¿Por qué no? Habrá quien así lo quiera hacer. Evidentemente, sólo aceptan médicos o Doctores en psicología; ni Licenciatura ni Maestría. Deben tener Doctorado para hacer la formación. Pero me parece que hay otra vía, que no llamaré institucional sino transferencial, donde uno apuesta por quién va a ser su analista, con quién se va a supervisar, etcétera. Yo me acuerdo que mi primera pregunta de supervisión fue: “¿Se saluda de mano o no?” Mi supervisora se rió y me dijo: “De pie, no”. Entonces me di cuenta de que había sido extraordinaria mi pregunta, porque cuando te responden con una ironía es que no saben qué responder.

Entonces, cada uno de nosotros va construyendo su genealogía, para un día decir: “Y desde mí, desde la dignidad ética de haber cumplido la trenza de formación, yo soy psicoanalista”; o quizás: “Yo estudio psicoanálisis para trabajar con grupos marginales”, o “Yo estudié psicoanálisis para revolucionar el campo pedagógico”, o “Yo estudié psicoanálisis porque me interesa trabajar con pacientes de cáncer terminal”. Esto no tiene que ver nada más con hacerse o no psicoanalista.

Yo me formé con todo lo que tiene que ver con nacer en una casa de quien trabaja en PEMEX. No sé hoy, pero qué orgullo daba antes decir: “Mi papá trabaja en PEMEX”. Después viví también, como chaval, en el Estado de Veracruz, pero de lo que me interesa hablar es de mi encuentro con lo que hoy aquí estamos haciendo. Hacer historia es recordar el presente.

Para mí, hubieron dos invitaciones importantes. Una, la de América Espinosa; otra, la de Juan Capetillo. Yo, en ese momento, no sabía en la que me iba a meter. Casi acababa de regresar de París, estaba loco con lo que tenía que ver con el psicoanálisis de otra manera que ahorita, y recuerdo que era la aventura de pensar, de ir a un lugar donde uno no conoce a nadie a decir algo que se ha estudiado en soledad. Era la aventura de decir: “¿Servirá de algo todo lo que he estudiado en París?”

Yo me leí todos los Seminarios de Lacan, los veinticuatro Seminarios de Lacan en París, pero también leí todo Freud, a eso fui. Yo iba a quince seminarios a la semana, corría de un lado a otro, como loco. Después me tocaba regresar a mi lugar, a mi país, a mi pueblo, a decir lo que aprendí. Estas fueron unas de las primeras experiencias, y recuerdo que en ese momento lo hice por amistad al psicoanálisis, lo reconozco. Reconozco que, de algún modo, algo de la transferencia se gestó, y por eso traigo esta reflexión, una pregunta con respecto a si algo de la transmisión del psicoanálisis tiene que ver con la amistad como un concepto importante.

Desde mi perspectiva, hay tres discontinuidades en el campo de la amistad en el sentido histórico: el primer amor, del lado de la amistad, surge de los hombres ante los dioses, ante lo celestial. En el momento en que los hombres no comprendían por qué a veces había luz y a veces no, por qué el sol transcurría de un lado a otro o por qué llovía o no llovía, los hombres quisieron hacerse amigos de los dioses e inventaron esto. No hay amistad sin acto, para ser amigo tengo que hacer algo. Entonces, inventaron rituales, unos más salvajes que otros, pero era un modo de hacer una amistad. Es decir que, desde el nacimiento de la amistad, nunca estuvo fuera ni el miedo, ni la bronca, ni la violencia, pero era más poderoso querer estar bien contigo.

Me parece que el segundo momento en la amistad se da cuando ya no es con los dioses sino con el otro. No con el Otro con mayúscula sino con el otro con minúscula, porque se establece entonces la amistad de compartir con el otro un sueño, un amanecer, una vida, una Licenciatura, una Maestría, una apuesta, un fracaso, y entonces surge lo que podría llamar el momento de la amistad fraternal, de eso que uno dice: “Es mi hermano”. Cuando tú quieres decir que es tu gran amigo, dices: “Es mi hermano”, porque hay algo de espejo, de otredad.

Por último, el tercer momento de la amistad ocurre cuando Dios se va, cuando el amigo se aleja y les tengo que escribir. Entonces, escribo porque estoy lejos, lejos de Dios, lejos de ese modo de pensar la relación con Dios y lejos de mi amigo. Nace entonces lo que llamaría la amistad del poeta, donde lo importante es el lenguaje. Ser una amistad, hacer una amistad con el lenguaje. Pero creo, incluso, que hay un cuarto tiempo. Creo que el psicoanálisis inaugura una amistad que no es la que tiene que ver con Dios ni con el otro, y aunque se acerca a la amistad del poeta, tampoco lo es. Yo creo que el psicoanálisis produce un dispositivo de amistad inédito, porque yo no puedo decir que no quiero a mis analizantes.

Hoy me doy cuenta de que si yo, desde la primera vez, acepté la invitación de los Juanes y de América a venir a dos ciudades de Veracruz, fue porque tenía que ver con la amistad al psicoanálisis. La pregunta es: ¿Por qué persistí? La pregunta es: ¿Qué hace que un lazo social persista?, ¿Qué te permite hacer que algo dure? Evidentemente, el amor es la gran apuesta humana por que una pasión dure más allá de las canas y de que se te caiga el cabello, que vaya cambiando de lugar, que vaya cambiando de modo. El amor es la gran pasión humana de la temporalidad de la existencia. ¿Qué, entonces, después de tantos años, me hace estar aquí? La amistad, la amistad con los amigos y las amigas, la amistad por el saber psicoanalítico, y una nueva amistad,

porque aquí he encontrado algo que me tiene aquí es que he repetido la historia de lo que acabo de hablar del psicoanálisis: la primera relación de amistad fue con Dios, la segunda relación fue con el otro, la tercera tuvo que ver con el lenguaje y la cuarta con el psicoanálisis. Pero permítanme decir esto último: por curioso que parezca, si el psicoanálisis en México ha tenido una importancia radical ha sido por los jóvenes, por los que fuimos jóvenes, por los que somos jóvenes todavía, pero también porque en la Universidad hemos podido, muchos de los que estamos aquí, hablar con jóvenes. A mí el psicoanálisis me ha permitido tener una amistad con la juventud, y es ahí donde hablo del nuevo Dios.

Qué difícil ser joven en 2010. Qué difícil porque, ¿qué utopía les queda? No les queda la utopía de los 60's, "Cambiemos el mundo", o la de los 70's, "Cambiemos nuestro mundo". Es decir, la de los 60's es: "Hagamos la revolución socialista, agrupémonos todos en la lucha final del género humano, la Internacional"; pero en los 70's fue: "Si no puedo cambiar el mundo, cambio mi mundo", y entonces hicimos comunas hippies, grupos operativos, grupos de estudio; intentamos, cada uno desde donde estaba, generar una utopía. Pero, ¿qué les queda a los jóvenes hoy, en el 2010? Alguien decía: "Pues si nos robaron el futuro". Por eso muchos jóvenes se van a Estados Unidos, o se van al narcotráfico, porque para qué estudias cuatro años de Licenciatura, luego dos más de Maestría, luego te avientas un Diplomadito, luego varios Seminarios y ganas menos que uno que vende la merca; eso sí, nadie sale vivo de ahí, esa es la diferencia.

¿Por qué creo que me sostiene la amistad por la juventud? Porque la juventud, aunque aparentemente no tenga futuro, me ha enseñado un nuevo Dios, que es... ¿cuál? Un Dios que es necesariamente inacabado, porque si Dios hubiera acabado todo su trabajo sería uno más de los habitantes de los panteones, ¿y quién le muestra a Dios que su trabajo no ha terminado? Los jóvenes, porque los jóvenes son *lo-que-serán-ya-siendo*, no los que *enloquecerán yaciendo*; por lo tanto, no ha acabado la tarea de quien creó todo y la verdad no ha acabado la tarea de los jóvenes, porque a ustedes les toca demostrar que, si Dios es un Dios inacabado, no es el Dios en el que creyeron muchas generaciones. Es para construir lo que quieran, pero no sin pasión. Lo que me trae aquí es la amistad a todo lo que eso a mí me ha enseñado.